

luego, haciendo caracolear á su corcel, añadió risueño :

— Vaya eso para alumbrar vuestro camino... Salud, señora marquesa; yo no soy más que un pobre caballero errante, que se debe por completo á los oprimidos según los usos y leyes de la andante caballería.

Cuando encendida al fin la tea iluminó su llama resinosa el grupo de que hablamos, la marquesa de Villanueva-Marsan tuvo ocasión de observar la animación que reflejábanse en el semblante de Solange. Cuanto al caballero de Arma, hallábase ya lejos.

II

UN EXCÉNTRICO AVENTURERO

Volviendo sobre sus pasos con idéntico apresuramiento que puso en ir á despedirse de sus protegidas, el fogoso mancebo pasó con velocidad de huracán junto á su escudero, abismado entonces en muchas y muy amargas reflexiones.

— ¡ Sigueme si puedes! — le gritó sin refrenar su caballo, al que lanzó por el contrario hacia las tierras de labradío.

Matraca le siguió rezongando.

— ¡ El diablo me lleve, — decía — si el señor caballero no va con las de Cain! Huéleme que van á llover cintarazos y que tendré que ser forzado testigo de una hecatombe.

No obstante su mal humor, el hombre seguía á su amo, y aun procuraba activar el paso de su pacífica montura en términos á no dejar mucha distancia entre él y su señor.

Este último llegó en pocos momentos á las primeras líneas de vides propiedad de los Cartujos.

Allí era donde poco antes oíase gran ruido y reinaba inusitada animación. Ahora todo estaba en silencio, pareciendo un campo abandonado.

Sin embargo, una voz sonora resonó de pronto, á la llegada del caballero.

— ¡ Alto! — decía la voz. — ¡ Téngase ahí quien fuere, si en algo estima su pellejo.

Claro es que mandato tan imperativo no podía detener el ímpetu del fogoso caballero, exaltado por naturaleza : pero no obstante su natural energía hubo de refrenar su caballo, ya que no para obedecer la orden, por lo menos para evitar que el animal quedase empalado en las estacas que, clavadas en el suelo, formaban una terrible barricada de caballos de frisa, imposible de evitar en la obscuridad.

— ¡ Cada uno á su puesto! — gritó imperiosamente el invisible jefe de los malandrines, dirigiéndose sin duda á sus seides, ocultos como él en las tinieblas.

— ¡ Recordad, señor, que son cinco! — murmuró Matraca al oído del joven, al reunirse con él.

— ¿ Conque cinco, eh? Bueno, pues ten de la brida á Djaulia, y alúmbrame para que pueda verles las caras; — contestó el caballero apeándose y desenvainando la robusta espada.

Como habrá comprendido el lector, Djaulia era el nombre del caballo árabe; y siendo femenino tal nombre dicho se está que la montura del intrépido joven no era precisamente un caballo, sino una yegua del desierto.

Bernardo de Arma dió un paso hacia adelante añadiendo :

— No desampares las bestias, mientras yo me ocupo en administrar una buena paliza á estos malsines, que por lo visto la tienen merecida.

Es de creer que el famoso Cortomontel tenía buen oído, porque apenas pronunciara el joven las palabras que anteceden, gritó él á su vez, si bien con algo menos de seguridad que poco antes :

— Abajo las armas, si es que queréis salir de aquí con vida.

Y dirigiéndose de nuevo á sus gentes añadió :

— Ea, *Miseria, Cabillot, Borríco*, y tu *Jinojo*, y todos, ¡ voto al diablo! aquí enseguida. Si ese joven gentil-hombre hace ademán de cargar, á los cuchillos, corderitos, y todos á una... ¿ Estamos?

Nadie contestó. Sin embargo entre el viñado oíase ahogado rumor, como de pies que marcharan sobre las hojas secas. Sin duda la hueste del crimen se reunía en aquel momento en torno á su jefe.

Este dictó una nueva orden.

— Quietos ahora, camaradas, y esperemos.

Cesó entonces como por encanto el ruido de hojas secas holladas por los pies.

Mientras tanto el caballero de Arma esperaba á que la antorcha se decidiese á arder, con objeto de examinar, siquiera fuese ligeramente, á los enemigos que se aprestaba á combatir y á las victimas que se propusiera libertar, ó vengar en caso necesario; pero el eslabón no mordía el sílex y las chispas se obstinaban en no

brotar. Surgió por fin una, y la escena quedó de pronto iluminada. La luz de la antorcha proyectóse sobre dos cuerpos inmóviles, tendidos en el suelo, iluminando al mismo tiempo la gigantesca estatura del célebre aventurero Cortomontel, en pie junto á los caídos, y apoyándose en el cañón de un viejo mosquete de rueda, y algunas sombras que, silenciosas é inmóviles, se silueaban en el fondo del temeroso cuadro.

La siniestra visión duró lo que dura un relámpago. Aún no había tenido tiempo el bandido de prever el ataque, cuando el impetuoso Bernardo, salvando de un salto de tigre la distancia que de aquél le separaba, derribóle á tierra y colocó una rodilla sobre su pecho al mismo tiempo que le apoyaba en el cuello la punta de la espada.

— ¡Me rindo, caballero! — dijo hipando el gigante.

— Pues ven acá, Matraca, y átame á este miserable, — ordenó el joven.

Y el escudero gascón, ducho sin duda en tales menesteres, cumplimentó pronto y bien el mandato de su amo.

Ambos se ocuparon enseguida de las dos víctimas; éstas eran el semiburgués y gran bebedor de hipocrás de quien dijimos regresaba de un bautizo celebrado en Vaugirard, y la niña bohemia, la linda jovencita de lujuriosa y blonda cabellera. Cuanto al arquero del Prebostazgo que con ellos caminaba poco antes, había desaparecido, buscando sin duda heroicamente su salvación en una fuga precipitada.

Matraca clavó en el suelo la antorcha que les alum-

braba y seguidamente, por orden de su amo, se ocupó del caído, mientras que el joven se inclinaba ansioso sobre el grácil cuerpo de la muchacha.

Algo como un deslumbramiento creyó sentir Bernardo á la vista de aquel rostro encantador, cuyos párpados había cerrado el miedo, ó la angustia, ó una conmoción nerviosa.

— ¿Será posible? — murmuraba Bernardo inclinándose cada vez más, examinando á la joven cada vez con mayor sorpresa. — ¿Será posible? Si no acabara de dejarla, acompañada de su madre y de los suyos, juraría hallarme en presencia de la que ha logrado encadenar mi corazón voluble: delante de Solange. Por más de que... si, ésta es rubia, y Solange morena... Además, no es una aristócrata, sino una pobre hija de Bohemia, como lo demuestra su modo de vestir. Pero ¡vaya un parecido! Sorprendente, á fé de caballero; de todo punto sorprendente.

Arrancándose á su contemplación, apresuróse á hacer volver en su acuerdo á la muchacha que se hallaba sencillamente desmayada, sin presentar, por suerte para ella, herida alguna.

Cuando al cabo de algunos momentos se alzaron los párpados de la niña, las azules pupilas fijáronse ante todo en el hermoso semblante del caballero, que se inclinaba hacia el suyo; y es de creer que tal encuentro debió serle agradable, porque en el fondo de aquellos ojos irradiaron la tranquilidad y la esperanza.

— ¿Estáis herida, niña? ¿Os sentis mejor? — preguntó él.

Los lípidos zafros de las pupilas se iluminaron de nuevo, y la jovencita se incorporó, aunque sin despegar los labios para contestar á lo que se le preguntaba.

Sin impacientarse, Bernardo continuó animándola.

— No tengáis miedo, pobre niña; yo soy un amigo que ha tenido la suerte de llegar á tiempo para salvaros... Porque estáis salvada, hermosa...

Continuaba el silencio de la joven. Desesperando de obtener una sola palabra de explicación de aquella cuyo sorprendente parecido con la mujer que amaba llamara poco antes su atención haciendo vibrar su alma, Bernardo se volvió hacia su escudero preguntando :

— ¿Y tú, qué tal? ¿Tienes que habértelas con un muerto?

— Según como lo entienda el señor caballero; murió parece el hombre; pero no lo está de arma blanca ni de fuego. Por el tufillo que echa y el glogló de su vientre, redondo como un odre, tengo para mí que lo derribó el mosto.

— Asegúrate de ello bien, que caso extraño me parece; — dijo el joven.

Y era en verdad sorprendente que el burgués hubiese escogido, para derrumbarse y dormirse en el suelo con el sueño de los justos, el momento preciso en que entraba en colisión con los bandidos. Así era sin embargo, y el hombre se hallaba tan ileso como la rubia niña, la cual habíase desmayado de miedo al encontrarse sola é indefensa ante los que acababan de atacarles.

Pellizcó con fuerza Matraca al borracho el lóbulo de la oreja, y enderezándose el hombre iba á darse de nuevo á gritar en demanda de auxilio, cuando vió que la muchacha hallábase en pie entre sus dos salvadores, y que el principal agresor, por el contrario, yacía en tierra atado de pies y manos. Entonces habló, declarando con singular impudencia :

— Huélgome señores de vuestra presencia en este sitio; porque si como es de suponer toma la justicia cartas en este asunto, fácil os será declarar lo que habéis visto, esto es, que atacado por treinta ganapanes, Pedro Mirot, llavero-jurado de la torre barragana de Vincennes, ha derrotado la banda y capturado á su capitán.

Perplejo en presencia de tanto aplomo, el escudero escuchaba con la boca abierta tan extraordinaria fanfarronada, mientras el caballero sonreía con lástima.

— ¿Y dónde está — preguntó — ese heroico Pedro Mirot?

— Hállase, señor, en vuestra presencia, pues que soy yo mismo.

— ¡Vos! ¿Y decís que sois carcelero en el castillo de Vincennes?

Pedro Mirot se inclinó, declarando con modestia :

— Ese es un cargo peligroso, para el que se precisa, como comprenderéis, un hombre sobrio, vigilante y valeroso...

— ¿Y vos os decís sóbrio? — gritó Matraca indignado.

— Como un camello.

— ¿Y bravo?

— Acabo de probarlo.

— Lo que acabáis de probar es que os sobra la desfachatez, señor carcelero.

— Mi oficio exige la posesión de todas las cualidades.

Regocijábase no poco Bernardo de Arma con la indignación de su escudero, quien como buen meridional hablaba por los codos y no toleraba á los extraños jactancias ni vanaglorias; sin embargo, como el coloquio le parecía ocioso, creyó oportuno ponerle término, y así preguntó á su vez, señalando á la muchacha que sin oír nada de lo que se decia en torno de ella continuaba, — ¿inocencia ó cinismo? — mirándole con sus grandes ojos cargados de extraño y tierno fluido :

— ¿Estaba con vos esta niña?

— Ciertamente, — contestó Pedro Mirot. — Glorieta es hija mia.

— ¡Glorieta! — repitió mentalmente el caballero. — Nombre adorable que cuadra á maravilla á la beldad celeste de la que lo lleva... Pero ¡bah! ¿En qué estoy yo pensando? La hija de un atormentador... ¡Qué lástima!

— Volvíamos de un bautizo; — continuó diciendo el charlatán llavero. — Glorieta ha sido madrina, y yo fui con ella para pronunciar en su nombre los cumplidos de costumbre... porque la pobrecita es muda...

— ¡Muda! — exclamó dolorosamente el joven, contemplando enternecido á la muchacha. — ¡Sí que es desgracia!

— Desde que la conozco; — continuó distraida-

mente el llavero. — Pero uno de los presos que se encontraban bajo mi custodia, un sabio, un verdadero sabio la enseñó á leer y á escribir, y ahí donde la veis se entiende muy bien con las personas instruidas gracias á esos dijes que lleva pendientes del cuello.

El caballero sacudió la tristeza que se apoderara de él al enterarse de la horrible desgracia de que era víctima la gitanilla. ¿Qué revolución se operaba en su ánimo? El mismo no hubiera podido explicarlo. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que excepción hecha de Solange á la que tácitamente consagrara desde algún tiempo antes toda su existencia, ninguna mujer había producido en su alma impresión que pudiera compararse á la que en ella grababa en aquel momento la mudita con su presencia.

Impulsado por un sentimiento mezcla de piedad y de sincera admiración, adelantóse hacia Glorieta, y descubriendo su cabeza, y poniendo en sus palabras todo el respeto que habría usado para interpelar á una dama de noble alcurnia, hubo de decirle :

— Nuestro encuentro, hermosa niña, me ha causado tanto placer como pena me produce; placer por haber podido seros de alguna utilidad; pena por saberos duramente castigada por la naturaleza en una edad en que la vida debería mostrarse á vuestros ojos bajo su aspecto más riante... Pero puesto que Dios os puso en mi camino, preciso es creer que lo hizo con intención que no nos es dado escrutar, pero que existe sin duda... Para El no cuentan las distancias sociales que separan á los humanos... ¿Queréis ser amiga mía?

Los ojos de la niña se iluminaron, con interior claridad vivísima. Tomó su estilete de plomo, y en la hoja de marfil escribió esta sola palabra: « Sí ».

Tal vez le pareció al joven que aquello no era bastante, y prosiguió:

— Más aún que mi amiga, ¿queréis ser mi hermana?

Corrió de nuevo el estilete sobre el bruñido marfil, y el caballero, inclinándose, pudo leer, trazada en pequeños pero firmes caracteres, la misma palabra: « Sí ».

— Pues bien niña, como por desgracia será preciso que nos separemos ahora, venid antes á abrazar á vuestro hermano Bernardo.

No es posible concebir efusión familiar más tierna que la que siguió á estas palabras del caballero.

Con espontáneo impulso, anudó Glorieta sus desnudos brazos al cuello del mancebo; y cuando los labios de éste buscaban, para posarse en ella, la mejilla de la niña, encontraron otros labios cuyo contacto electrificante hubo de perturbarle de tal modo, que le fué imposible deshacer el tierno lazo que le oprimía hasta después de haber recibido y devuelto un beso ardiente como pocos é inesperado como ninguno.

Matraca estaba escandalizado. — ¡Si á eso llaman los mozos un abrazo fraternal, — rezongaba mirando alternativamente al caballero y á la muchacha — no sé lo que harían si en lugar de hermanos no fueran más que primos.

Momentos después de la escena que acabamos de referir, el valeroso Pedro Mirot, acompañado de su hija

se reintegraba al camino que conducía á la puerta San Miguel.

Durante toda la conversación, el prisionero no había pronunciado una sola palabra, ni intentado el menor movimiento.

— ¿Qué vamos ahora á hacer con este sujeto? — pensó en voz alta el caballero.

— Ahorcarle sencillamente; — propuso Matraca.

— ¿Nada más que eso? — dijo Cortomontel al oírlo. Y como si diese una orden, añadió: — ¡Atención, muchachos!

Apenas pronunciara estas palabras, las hojas secas, silenciosas desde el momento de la derrota del malandrín, sonaron de nuevo, como pisadas por pies invisibles.

El escudero tembló, y á punto estuvo de desfallecer en presencia de un peligro ya olvidado.

— Cuidado, señor caballero, — gritó dando un salto atrás. — Pensad que habéis olvidado capturar toda la banda.

Pronto se rehizo sin embargo, y paró perplejo ante el espectáculo que se ofrecía á sus ojos asombrados.

— ¡Por la cruz del Redentor! — exclamó tendiendo el brazo; — la cosa es en verdad de las que maravillan. Repare el señor caballero en que esos malditos no se han diseminado, como parecía natural; ahí están, como pasmarotes, sin moverse, desde hace un cuarto de hora. Tengo para mí que el suceso es de los que huelen á cosa extraña, y digno de ser tenido en cuenta.

Era extraño en efecto. Ni uno solo de los bandidos

habíase movido de su sitio. Ni uno siquiera había intentado aprovechar el diálogo del caballero con la joven para buscar la salvación en la huida ó para ver de libertar á su jefe.

La inmovilidad de aquellos hombres tenía algo de milagroso. Indudablemente sus pies se agitaban, pues que continuaba percibiéndose el ruido de las hojas como si alguien las pisara; en cambio, y esto era lo más raro, los bustos de aquellos hombres no se movían, no sufrían la menor oscilación.

Era tan prodigioso el suceso, que Bernardo resistíase á dar crédito á sus ojos.

— Vaya, menguados, — gritó por fin, — rendid las armas y adelantaos un poco, que os veamos las caras.

Nadie se movió; nadie contestó á la provocación del caballero.

Este continuó gritando:

— ¡Cuerpo del diablo! Obedecedme al punto ó ved que cerramos contra vosotros.

Siguieron el silencio y la inmovilidad de los enemigos.

Entonces fué el prisionero quien rompió el temeroso silencio.

— ¡Eso es disciplina! — gritó. — ¡Bravo muchachos, y no obedezcáis á voz que no sea la mía!

— Yo les haré que escuchen otra; — dijo el caballero. — Y arrojándose con temeridad inaudita sobre los impasibles malhechores, dió en tierra con dos de ellos de otros tantos mandobles de su temible espada.

— ¡Que el diablo me lleve si lo entiendo, — exclamó

mó después de haberse inclinado un momento sobre sus víctimas. — ¿Qué mascarada es esta?

Y volviéndose hacia su escudero que parecía oírle con incredulidad, hubo de asegurarle:

— Lo que tú tomaste por enemigos son maniqués, espantajos, hechos con trapo, en los tutores de los viñedos.

— Se hace lo que se puede, señor caballero; — dijo en este punto el prisionero. — Los espantajos de que habláis no comen, lo que equivale á decir que sus servicios me cuestan muy poco dinero; además, son, como veis, disciplinados.

No obstante la gravedad de la situación, el caballero soltó sonora carcajada oyendo tan filosóficas razones, y picado de la curiosidad de conocer al malandrín á quien venciera sin haberlo apenas visto, acercóse al caído.

Este era hombre de elevada estatura y como de cuarenta años de edad, delgado de cuerpo, y de cara marcada por las privaciones. Una poblada barba llegábale hasta el pecho; y el descuido de la misma, parecía indicar en su propietario deseos de adquirir feroz aspecto gracias al inculto y capilar ornamento. Sin embargo, bien mirada, su fisonomía no presentaba nada de aterrador; indudablemente, aquel terrible aventurero, cuya reputación extendíase por muchas leguas á la redonda, debía ser un malhechor inofensivo. Para su personal defensa, y en guisa de armas, sólo poseía un simulacro de mosquete, esto es, un mosquete groseramente imitado.

Obedeciendo las órdenes de su amo, Matraca desató

las ligaduras que oprimían los miembros del prisionero, quien pudo entonces levantarse.

Una vez en pie, originóse un diálogo extraordinario.

— ¿Vuestro nombre? — preguntó Bernardo de Arma.

— Barón Cortomontel.

— ¡Cómo! ¿Sois noble?

— Algo, por parte de mi mujer. Esta se llamaba Barón de apellido.

— Ya; y habéis añadido su nombre al vuestro...

— Anteponiéndolo, por pura galantería.

— De modo que en realidad sois Cortomontel á secas.

— Según, según. Soy Cortomontel en parte nada más.

— ¿Cómo en parte?

— Sepa el señor caballero que yo no nací para desbalijar transeúntes, y que hace tiempo, mucho tiempo, era un honrado industrial. Por aquel entonces yo me llamaba Montel, nada más que Montel... Pero por fatal casualidad mi domicilio hallábase en el camino de Montfaucon; y cada vez que un reo de muerte pasaba por frente á mi tienda en dirección al patíbulo, la granjería del barrio no dejaba de reunirse ante mi puerta gritando á coro: « Montel, tu serás ahorcado alto y corto, como ese; te ahorcarán alto y corto, Montel. »

— ¡Ahora comprendo! Y de ahí vuestro nombre actual...

— Sí, señor, de ahí data el Cortomontel, y también mi pérdida.

— Bueno, pero ¿y vuestra partida?

Cortomontel miró sorprendido á su interlocutor, y comprendiendo que éste formulaba sus preguntas de buena fé, declaró con cierto énfasis:

— Mi partida soy yo.

— ¡Ah, no; eso sí que nó! — dijo en este punto Matraca, quien temió que el preso renovara sus fanfarronadas. — Nosotros os hemos oído perfectamente llamar á Cabillot, á Jinojo, y á un tal Borrico, bonito nombre por mi fé; y á cierto Miseria... ¿dónde está toda esa gente? Vamos, decid, ¿dónde está?

— Vuestro amo, señor escudero, derribó á dos; los otros son tan inofensivos como los caídos. Son tutores de viñas, cubiertos de andrajos; peleles y nada más, señor escudero.

— ¡Pero si nó es posible! ¡Si los hemos oído pisotear las hojas al acudir á vuestro llamamiento!

En vez de contestar, el prisionero llamó con voz tonitruante:

— ¡Diógenes! ¡Acá, Diógenes! — gritó el singular bandido.

Su grito hizo surgir de la sombra un enorme perro de aguas que hubiera parecido esquelético á no ser por la lana gris sucia que cubría su cuerpo. Dió la vuelta en torno á los extraños, moviendo la cola, y fué enseguida á frotar su hocico húmedo contra las salientes rótulas de Cortomontel.

— ¡Mi único compañero! — dijo éste presentando al perro. — El único buen recuerdo que me dejó mi digna esposa, que fué una pelleja sedienta de lujo. El oficio

de salteador de caminos se pone cada vez peor, señor caballero... Podéis creer que á no ser por Diógenes, que es muy inteligente, ya me habría muerto de hambre. En nuestra asociación, Diógenes trabaja tanto ó más que yo... El es el encargado de imitar el ruido que producen algunos hombres en marcha.

— A fé de Matraca, — confesó el escudero después de haber inspeccionado los espantajos, — que una tan grande ingeniosidad merecería alguna mejor suerte, amigo.

Por más de que Cortomontel había caído muy bajo, gustaba mucho de que se respetasen sus pomposos títulos, de todo punto ignorados del blasón francés, pero que él conquistara en el decurso de su azarosa existencia. De ahí que alzara orgullosamente la cabeza para exclamar :

— Haréis bien en no olvidar que soy barón...

— Por parte de la parienta, sí, ya lo sabemos, — dijo Matraca riendo ruidosamente.

— ... y de nobleza, — concluyó el hombre.

— Nobleza de capa y de cuerda; convenido.

— Vaya Matraca, — intervino el caballero abandonando sus meditaciones. — Deja á ese pobre diablo su noble miseria puesto que le va bien con ella. Más que temor, lo que produce es lástima; déjale de una vez.

— ¿Tendréis acaso la intención de hacerle gracia, señor caballero?

— Cierto que sí, — dijo Bernardo; — que no deseo en verdad tener que marcar con piedra negra la noche de nuestra llegada á París, es decir, la noche mism

en que he tenido el honor de hablar á la madre de la sin par Solange de Villanueva-Marsan, y de encontrar á Glorieta.

— ¡La señorita Solange... Glorieta! — repitió con admiración el ventrudo escudero. Las dos os enamoran ya... ¡Cuerpo del diablo! Dos á la vez... Mucho me temo, señor caballero, que no os curaréis nunca de vuestra manía... Aquí, como en nuestra provincia, seréis siempre la coqueluche de las mujeres, el hermoso, el irresistible Sed de Amor!

— ¡Sed de Amor! — rugió el barón Cortomontel retrocediendo algunos pasos, mientras que el sucio Diógenes descubría sus blancos incisivos en un rictus de cólera y ahullaba lúgubrementemente. — ¡Sed de amor, es decir, Sed de sangre!...

Los dos viajeros, amo y criado, habíanse aprestado á la defensa, ignorantes como se encontraban de lo que podia significar la singular y violenta actitud que acababa de adoptar el gentilhombre de carretera.

— ¡Ah! — dijo sardónicamente el malhechor; — ¡buena la iba yo á hacer! ¡Entregarme á la generosidad de Sed de sangre! ¡Hase visto torpeza semejante!...

Bernardo comprendió que aquel hombre se equivocaba sin duda, y preguntó tranquilo :

— ¿Por qué Sed de amor ha de significar, según decís, Sed de sangre?

— ¿Pretendéis acaso, — dijo con energía el gigante, hacerme confesar lo que pienso de vos? Pues bien, aunque me acribilléis á estocadas luego de haberme

oido, por la gloria de mis abuelos que he de deciros, sin omitir uno solo, todos los motivos que han generado mi odio. Cierto es que generalmente se os designa por vuestro segundo remoquete; sin embargo, tanto monta el uno como el otro; para mi, ambos motes son uno solo, el vuestro, el de mi rival afortunado... Claro es que vos no atacáis á la sociedad con armas de juguete, como este imbécil Cortomontel que os habla en este momento. No, vos pilláis, asoláis, incendiáis, y asesináis lindamente... Porque vos sois un tigre, vergüenza de la corporación de bandidos generosos de la que, por desgracia, soy único representante. Nobles, burgueses y rateros, todos os temen por igual, porque habéis sabido aterrorizar con maña París y sus alrededores... Todos tiemblan ante vos... Es decir, no, todos no; porque yo, barón Cortomontel, yo me hago un placer de gritaros á la cara: ¡No me causáis pavor, señor Sed de sangre!

Aunque violentándose no poco, Bernardo escuchó hasta el fin, sin inmutarse, la tremenda catilinaria del excéntrico barón. ¿Por qué enojarse? Harto comprendía él que el mote por el cual era conocido, mote que Matraca pronunciara por pura casualidad, era la causa ocasional de aquel desbordamiento de insultos, que no podían mortificarle puesto que indudablemente se dirigían á otra persona... Sí; Bernardo recordaba en efecto haber oído ya hablar alguna otra vez del tal Sed de sangre, otro bandido cuya partida hubo de zarandear él un tanto el año anterior.

Recordando esto, creyó la ocasión oportuna no sólo

para dilucidar el incidente que acababa de promover Cortomontel, si que también para adquirir detalles referentes al miserable personaje con quien tan inesperadamente se le confundía.

— ¡Callad por todos los diablos! — dijo en cuanto encontró ocasión de colocar una palabra. — Ved que la cólera os extravía, pobre hombre. Cierto es que yo respondo al remoquete de Sed de amor; pero no lo es menos que nadie me dió jamás el de Sed de sangre. Yo no soy, por lo menos que yo sepa, ni incendiario, ni exterminador de pacíficos burgueses. Y en cuanto á lo de tener aterrorizado á París, obra es que debo de haber hecho á distancia, por cuanto esta noche voy á poner los pies por la vez primera en la capital.

— No, eso no es posible; — exclamó incrédulo el bandido.

— Posible ó no, tal es lo cierto; — dijo Bernardo.

Matraca creyó de su deber intervenir en aquel diálogo que amenazaba prolongarse indefinidamente.

— A qué obstinaros, señor caballero, — dijo — en pretender que comprenda cosa tan sencilla el señor ladrón... digo, el señor barón. Por lo visto no hay nada como pasar las noches en acecho al aire libre para perder el meollo.

La duda empezaba á hacerse en el ánimo de Cortomontel. Sin conceder importancia alguna á las imperitinentes palabras del escudero, dirigióse de nuevo á Bernardo preguntándole:

— ¿Me permitís que vea vuestra cara á plena luz?

El joven se inclinó condescendiente hacia la llama de

la antorcha, que acababa de consumirse, y Cortomontel imitó su movimiento.

— ¡Dios del cielo! — dijo levantándose enseguida.

— Sois vos, la duda es imposible.

— Claro que soy yo... Pero en fin, decidme: ¿ tendréis acaso la pretensión de haberme encontrado en alguna otra parte?

— Sí que la tengo; la naturaleza no puede hacer dos caras tan parecidas... ¡ Vos sois Sed de sangre!

— ¡ Otra vez! ¡ Ah, cuerpo de Satán! — gritó el caballero exasperado; — está visto que nada podré sacar en limpio de este testarudo. El hombre se obstina en ver en mí á un pariente sin duda de ese bandido sanguinario cuyo rostro siento no haber desenmascarado cuando nuestro encuentro á orillas del Vazère... Bueno, pues dejémosle con su manía... Anda, Matraca, á caballo, amigo mío; dejemos que ese desdichado desahogue como pueda su mal humor. Por lo visto le ha sentado mal que interrumpiéramos su honrado trabajo...

Cortomontel permaneció indeciso un momento; sin embargo, al ver que los dos viajeros, dejándole en completa libertad, se disponían á montar á caballo, golpeóse en la frente, y adoptada sin duda una resolución súbita, corrió hacia ellos.

— Un instante, señor caballero; — exclamó angustiado. — Hacedme la merced de escucharme un momento todavía, pues mi arrepentimiento es grande de haber dudado de vuestra palabra.

Bernardo, que tenía ya un pie en el estribo, se enco-

gió de hombros al oír tales razones. Creía hallarse seguro de que el cerebro de aquel hombre se hallaba trastornado, y tuvo piedad de él.

— ¿ Quiere eso decir que ya no dudáis? — preguntó.

— No: ya no dudo.

— ¿ De modo que ahora no soy para vos Sed de amor?

— Sí, eso sí, puesto que vos mismo lo habéis confesado...

— ¿ Por qué entonces os merezco otro concepto?

— Porque si bien tenéis la misma cara que otro hombre, hasta el punto de que me confunde parecido tan extraordinario, ahora comprendo que no sois, que no podéis ser Sed de sangre.

— ¿ Puede saberse el porqué de tal imposibilidad?

— Motivan mi nueva convicción tres observaciones que acabo de hacer, á cual más probantes.

— ¿ La primera de ellas?... — preguntó el mancebo intrigado.

— Es que Sed de sangre me hubiera apuñalado sin tomarse el tiempo de oirme, y la misma suerte habría corrido ese carcelero de Vincennes á quien habéis auxiliado; — contestó con convicción Cortomontel.

Bernardo sonrió al oírle.

— Ha sido un olvido; — dijo, — un sencillo olvido de mi parte. No siempre se piensa en todo... Pero pasemos á la segunda observación.

— La segunda es que ese hombre hubiese raptado la gitanilla...

— ¡ Hum! También eso es verdad. Nada, será preciso

convenir en que voy perdiendo mucho de mi natural osadía... ¿Y la tercera?

— Es que Diógenes se habría hecho un deber y hasta un placer de hincarle los colmillos en las piernas. Y lejos de eso, ya lo habéis visto; el animal se ha abstenido al encontrarse cerca de vos, y hasta movió la cola con simpatía... Eso es capital.

— Capital, sí, señor, — repitió Matraca en tono de zumba. — De todo punto capital, y el señor caballero no podrá sostener lo contrario.

— Conste, barón, — dijo el joven — que le felicito por tanta perspicacia. Y puesto que no he sabido conducirme bastante mal para merecer el segundo remoque con el que queríais gratificarme, no hablemos más del asunto y separémonos de una vez.

— Señor caballero, — exclamó Cortomontel con grave tono — ved aquí en vuestra presencia á un hombre que va á arrojarse de cabeza al río en este punto y hora si no os dignáis aceptar los servicios que os ofrece.

— ¡Por vida del diablo! Creo en verdad que lleváis la broma demasiado lejos, — repuso Bernardo — y como hay Dios que no he de toleraros la continuéis, aun creyendo, como creo, que estáis loco, por lo que merecéis cierta indulgencia.

— Permitidme, señor que insista, — suplicó el hombre; — vuestro comportamiento de esta noche para conmigo me ha hecho ver claro cuán grande es mi indignidad... Sin embargo, esa indignidad no es aún completa; todavía puedo enmendarme... No os neguéis, señor, á concluir obra tan bien comenzada.

Mientras Cortomontel hablaba, Bernardo había montado á caballo.

— Paréceme, — dijo á guisa de respuesta — que no estamos destinados á frecuentar la misma sociedad.

— Pensad, señor, — replicó el bandido, — que mi perro Diógenes está tan por debajo de mí como yo puedo estarlo de vos, y sin embargo este noble animal me ha sido muy útil. Permitidme que os pruebe mi agradecimiento como él me prueba el suyo...

— Creo, mi pobre barón, que os engaáis por lo que á mí respecta: Mi peculio es más que modesto, y aparte de mi caballo y de mi espada, toda mi fortuna puede contenerse en el hueco de la mano.

Cortomontel protestó vivamente.

— Nada os pido, señor, por ahora... — dijo. — Más tarde, cuando seáis poderoso, porque lo seréis sin duda antes de mucho tiempo, pagaréis como os venga en gana la abnegación de un bandido que gracias á vos habrá vuelto á la vida honrada; los servicios de un servidor humilde y discreto, pronto siempre á presentarse al primer aviso. Dijisteis poco ha que París os es desconocido; pues bien, yo que le conozco, yo que he penetrado todos sus misterios, yo os prevendré contra las emboscadas de la capital y las mentiras de la corte, y esto de cerca ó de lejos, á plena luz ó en la sombra, como mejor os plazca.

— Matraca, — dijo el caballero decidiéndose de pronto, — toma á la grupa al barón Cortomontel y pasad delante; él nos conducirá hasta el hotel de los Villanueva-Marsan, que debe conocer sin duda.

30106

Cortomontel suspiró hondamente y corriendo hacia la viña reunió en un momento los harapos que constituían su partida y su fortuna, y regresando enseguida se encaramó al puesto que acababan de indicarle.

Entonces el trotón con cola de mulo rompió la marcha á través las tierras labradas en dirección de San Sulpicio, seguido de cerca por el corcel de Bernardo y acompañado de los alegres ladridos de Diógenes que corría de una á otra montura sin saber á cuál de ambas acordar la preferencia.

Ya en marcha, hizose el caballero explicar minuciosamente el emplazamiento del hotel, su topografía exterior y edificios que le rodeaban. Y luego que estuvo enterado de cuanto le interesaba saber, sujetó el rendaje de su caballo árabe, hasta quedarse algo atrás, con objeto de meditar á sus anchas acerca de lo que le convenía hacer para ver de nuevo á Solange.

Hubiera jurado el caballero que sólo en ella pensaba. Y sin embargo, ¡cosa extraña! cada vez que cerraba los párpados para no ver nada que no fuese el adorado semblante de la señorita de Villanueva-Marsan, he aquí que entre su pensamiento y la imagen evocada llegaba á interponerse otra imagen, otro semblante menos altivo, aunque no menos bello. Hacía entonces Bernardo grandes esfuerzos para relegarlo á segundo término, para ver tan sólo á su amada con el pensamiento... Imposible. La blonda visión de Glorieta empañaba, turbándola naturalmente, la limpidez de la visión morena de Solange.

III

LA CASA DE LAS MIÑONAS

En la parte alta del arrabal que habíase formado en torno de la abadía de San Martín de extra-muros, y en la orilla del Sena que daba frente á la Puerta Nueva, en el cuadrilátero, poco más ó menos, que forman hoy el muelle Voltaire y las calles de Beaume, de Verneuil y de Saints-Pères, alzábanse, uno frente al otro, dos edificios de construcción muy diferente, la semejanza de los cuales resaltaba aún más por efecto de hallarse tan inmediatos.

El primero de ellos, el que se encontraba en contacto casi inmediato con el paseo llamado Prado de los Clérigos, afectaba, por su arquitectura árabe, el conocido aspecto de ciertas casas andaluzas, vestigios de la dominación de los moros en España. Su fachada, de que era preciado ornamento una columnata cimbrada y rebajada, abríase, por medio de cinco arcos, frente al palacio de las Tejerías.